



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Juan Pérez Zúñiga.)



—Todos aplauden la facundia mía,
mi gracia inimitable y mi salero,
que conoce de sobra España entera,
¡cuando yo, por mi gusto, ejercería
la noble profesión de confitero...
para comerme todo lo que hiciera!

SUMARIO

Texto: De todo un poco, por Luis Taboada.—¡Una cosa es predicar!... por Fisco Yrizaroz.—Palique, por *Clarín*.—Consulta inesperada, por Juan Pérez Zúñiga.—Los consejeros del rey, por Rafael Torromé.—Caminito del infierno, por Luis de Amsorena.—Asunto de ópera, por Eduardo de Palacio.—En vela, por Simón Delgado.—Los tucos, por F. Serrano de la Pedrosa.—Libros.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas Juan Pérez Zúñiga.—En la Habana.—La buena plaza.—La acción diplomática (seis viñetas).—En el baile, por Cilla.—Antonia Segura (de fotografía).



DE TODO UN POCO

Que estamos en una época de progreso constante, es cosa que no puede ponerse en duda.

Todos los días surge algún invento prodigioso que viene á hacernos agradable la existencia.

No lo digo por el teléfono, que nos trae locos á cuantos tenemos la desgracia de venir á la redacción.

Á cada rato suena el timbre estridente é insoportable y tenemos que acudir al aparato.

—¿Quién?

—¿Con quién hablo?

—¿Quién es usted?

—Soy Pérez.

—¿Qué Pérez?

—Pérez el de *La Verdadera Melancolla*, agencia de pompas fúnebres.

—¿Qué quiere Pérez?

—¿Estás ahí, López?

—¿Qué López?

—¿No es ésa la sacramental de San Lorenzo?

—No, señor; ésta es la sacramental de *Santa Lata*.

—Usted dispense.

Á los cinco minutos:

—Trrr... ttrrr... ttrrr...

—¿Quién?

—¿Hablo con el *MADRID CÓMICO*?

—Sí, señora.

—¡Ay, cabayero! Usted dispensará que le haiga molestado, pero verasté: yo estoy casada y mi marido se me fué el día 11, y quería que pusiera usted un aviso para que lo busquen y me lo presenten...

—Vamos, como si fuera un perro.

—¡Oiga usted!

—Señora, dirijase usted al gobernador civil.

—Es inútil.

—¿Quién? ¿El conde de Peña Ramiro?

—No digo eso.

—¿Su marido de usted?

—Tampoco. Quiero decir que todas las gestiones han resultado inútiles. Verasté...

* *

En fin, que no tenemos un solo minuto de descanso; pero ahora hay un invento utilísimo, un servicio nuevo, llamado á producir grandes ventajas y comodidades al que quiera utilizarle, según dice la circular suscrita por los inventores.

Trátase de establecer en todas las casas un aparato eléctrico con el que se puede pedir á una oficina central lo que cada vecino necesite. Con el aparato habrá siete llamadores que corresponden á otros tantos avisos. Oprimiendo el primer llamador, el vecino pide mensajero, esea para llevar cartas, telegramas, paquetes, ó hacer un recado, encargo ó compra, ó para cualquier otro uso que no expresa la circular; pero eso ha de determinarlo el vecino, porque habrá quien pida un mensajero para jugar con él á la brisca ó para tener el gusto de leerle una comedia.

«Con el segundo llamador aparece en la central la palabra *coche*.»

«Con el tercero el abonado pedirá *médico*.»

Lo que no nos parece bien es que el abonado tenga la obligación de pedir un médico. Así resulta por lo menos de la circular. «El abonado pedirá un médico.» ¿Por qué? Bueno que pida un mensajero, y un coche y una guitarra si á mano viene; pero ¿pedir un médico? ¡Caracólitos con la obligación!

«Con el cuarto llamador se pedirá *auxilio á la policía*; con el quinto, *auxilio espiritual*.»

¡Carámba! También esta obligación es de las que ponen los pelos de punta, porque no creemos que nadie, por su gusto, contriga el compromiso de pedir los santos óleos, como quien pide un café con media tostada.

«Con el sexto saldrá la señal *ladrones*.»

Esto ya es otra cosa. El abonado llega á su casa, encuentra un ladrón registrándole la cómoda y se precipita sobre el llamador correspondiente.

—¿Qué hace usted?—le preguntará el ladrón.

—Nada. Estoy avisando para que vengan á prenderte por un nuevo sistema.

Quiere huir el ladrón, y el abonado le detiene con estas palabras cariñosas:

—Hombre, no te vayas, que ya no puede tardar la policía.

¿Quieres desacreditar el nuevo aparato?

Con el sétimo llamador saldrá en la central la palabra *¡fuego!*

Dicho se está que los abonados no han de aburrirse nunca, porque tienen llamadores para todo, y hasta habrá espíritus enteros que, por pedir algo, pedirán la unción después de prorrumpir en el siguiente monólogo:

—Yo no tengo nada que hacer, y á Dios gracias soy abonado. Pues voy á pedir los sacramentos.

El público echa de menos un llamador importantísimo: el que hiciera salir en la central esta dulce palabra: *dinero*.

Y que pusieran otro llamador en la central que dijese al abonado: *¡allá va!*

Pero ya verán ustedes cómo no lo ponen.

* *

Un sabio inglés, gran estadístico y hombre desocupado —pues si no lo fuera no podría dedicarse á cierto género de labores,—ha calculado en 50 millones de francos el valor del oro que llevan en la boca las personas que en todo el mundo usan dientes orificados y dentaduras postizas, con paladar aurífero.

En cuanto se entere nuestro ministro de Hacienda, es capaz de imponer una nueva contribución sobre las bocas, considerándolas como valores al portador.

* *

¿Han leído ustedes la última obra de Rodrigo Soriano? ¿No? Pues se la recomiendo como cosa excelente.

Trátase de un libro curioso que se titula *Por esos mundos*, y forma parte de la «Colección Diamante», que edita en Barcelona la casa López.

Rodrigo Soriano es un escritor distinguido y ameno, y por consiguiente se diferencia mucho de esos *tabarrosos* empedernidos, que hacen columnas y columnas de prosa amazotada, origen de muchas jaquecas y no pocos tumores fríos.

leyendo el libro de Soriano, puede decirse que se da uno un paseo por Europa, con billete gratis de ida y vuelta.

Conque ya lo saben ustedes: á viajar y á divertirse, que es lo único que se saca de esta vida, llena de sinsabores... y *Weyleres*.

Luis Taboada.

* *

¡Una cosa es predicar!...

Perico Fernández,
cobririno del ama
del cura de un pueblo
de Guadalupe,
que escribe coplitas
que él mismo *lee saca*,
ni fuertes, ni sosas,
ni buenas, ni malas,
y tiene al teatro
pasión declarada,

al ver en su pueblo
de allá de la Alcarria
las obras modernas
que hoy todos alaban,
decía indignado
con furia y con rabia:
—Pero ¿este es el arte
que impera en España?
¡Jesús, qué indecencia!
¡Dios mío, qué infamia!

¿No hay ya quien escriba comedias honradas?
 ¡Pues sepan que aún quedan conciencias cristianas, e ingenios que pueden salvar nuestra patria!
 Y el pobre Perico, sobrino del ama del cura de un pueblo de Guadalejara, soñando con laureos y glorias y palmas, se vino á la corte, no hará dos semanas, con cuatro sainetes y dos ó tres dramas repletos de frases y máximas sanas. Se fué á ver á Mario, de allí se fué á Lara, se fué á la Zarzuela, más tarde á la Alhambra,

después se fué á Apolo, después se fué á Esfera... ¡y halló en todas partes las puertas cerradas!
 ¿Por qué ese desaire que á todos extraña, si aquí lo que quieren son obras que valgan, sin ver quién las hace ni quién las ampara?
 Queréis que os lo diga, aunque en confianza? Pues fué que las obras morales y honradas que trajo el poeta, sobrino del ama del cura de un pueblo de Guadalejara, las han desechado, no sólo por malas... ¡sino por groseras y desvergonzadas!

Ficazo Trágoz.

EN LA HABANA



—Ahora, si relevan á Weiser y vuelve Martínez Campos, habrá que hacerle otra imponente manifestación de simpatía. Pero antes tendrá que comprometerse á no acabar la guerra, y á seguir comendándonos los comestibles.

PALIQUE

No crea Calínez, ó sea el Sr. N., que le tengo olvidado (ya ve Gedeón, el verdadero *tío Javier*, que á él le dejó en paz porque nada tiene que ver con este Arimón del cuerpo de archiveros á quien ahora se persigue); no, no le tengo olvidado, pero, amigo, Cánovas y yo estuvimos estos días muy atareados con las reformas y *llego tarde*, aunque no sin daño, á decirle cuatro frescas al malintencionado satíricoroso, fúnebre y sin firma.

Está muy mal eso de firmar largo y tendido para alabar á Galdós y á Menéndez y Pelayo en forma repugnante por lo *setichista*, por lo servil y rastrea, y dejar sin firma buzias y hasta insultos dirigidos á hombres como Castelar, Salmerón, Giner, Balart y otros.

También es ridícula pretensión querer entender de todo. Ahora resulta N. especialista en *Tiépolo*; habla de este artista como si lo hubiera parido. ¡Y qué de obras de arte juzga N. sin haberlas tenido delante de sí en la vida! Esta crítica artística copiada es de lo más cursi y ridículo que se conoce.

Das pruebas de increíble adocenamiento acaba de dar el tal

Calínez. Primera: humillarse, ó con falta de sinceridad, que es lo peor, ó con clara conciencia de una pequeñez microscópica. ¿No es sincero? Mala persona. ¿Es tan pequeño como asegura? Poca persona.

Segunda prueba de adocenamiento: hablar de *Tiépolo*; meterse á crítico de artes, á historiador compendioso, á estratega, como él dice (ni en griego ni en castellano). Crítico estuche, crítico de ciento en boca.

Además N. es un chismoso y es rencoroso.

Es chismoso porque dice que *Clarín* está en *El Imparcial* prendido con alfileres.

¿Quién le ha dicho eso, y qué tiene eso que ver con la crítica?

Clarín está en *El Imparcial*, es decir, es su colaborador literario, hace ya cerca de veinte años. Solicitado ha sido para esta honrosa colaboración, que nunca pidió como jamás pidió ninguna, y como de *El Imparcial* solo recibe muestras de afecto y consideración, en *El Imparcial* seguirá, pese á N. y á los amigos que puedan haberle dado esa noticia de los alfileres.

En cambio, N. no pega en *El Imparcial* ni con cola. Un tiempo hubo en que *Calínez* enviaba artículos al Sr. Urrecha para que los publicara en *Los lunes de El Imparcial*. Pero los artículos eran pesados y sosos y no podían publicarse. Por eso *Calínez* maltrata, sin ton ni son, al Sr. Urrecha. Y es rencoroso.

Calínez quiere echársela de gracioso en el *Ojeo* y halagar á los reaccionarios hablando mal de los pensadores independientes; se viste de payaso, se embadurna la cara, y sale al redondel á hacer las muecas desgraciadas del clown improvisado y sin vocación de gracioso. Pero de repente le tiran desde las galerías un palatazo, silban su torpeza, y el clown se pone serio y empieza á gritar que no quiere polémica y á repetir los chistes del payaso que tiene al lado. ¡Y á fuerza de ridículo y grotesco consigue hacer reír por la primera vez!

Y decía Gedeón: ¿A que no me coge *Clarín* otro gazapo?

Y dice *Calínez*: *Clarín* se dedica á la fácil tarea de cogerle gazapos á Gedeón.

De donde se deduce esta definición para el diccionario que está publicando el festivo colega:

Fácil: Una cosa que no se puede hacer.

Calínez tiene esta gracia.

Comete él un galicismo; se lo señalo yo; confiesa él su delito, pero añade... *basal* también lo dice... un pariente de *Clarín*.

Es esa una crítica demasiado *patriarcal*.

Amigo *Calínez*, en esto de gramática me atengo á lo de *mis parientes mis dientes*. O mejor, mi lengua.

¡Pues cómo me pondrá *Calínez* de mal hablado, si averigua que tengo un *niño chinatín* que dice *cabo* por quepo, y *cuala* y enquistarse!

Calínez, como es tan retrógrado, aplica á la gramática el criterio de responsabilidad familiar y de raza que los antiguos y los bárbaros aplicaban al derecho penal.

Calínez saca no sé de dónde fragmentos de frases que atribuye á *Clarín*, y en las cuales dice que hay defectos, pero sin precisar en qué consisten.

Yo desafío á *Calínez* á que nombre la clase de faltas gramaticales ó retóricas que ve en las palabras que copia y me atribuye. Pero que no se aproveche de las erratas, como *deberes* por dolores.

En todo y por todo está siguiendo el camino de Arimón. Ya lo sospechaba yo; es de la raza, aunque disfrazado de clown y de archivero... y *Tiépolo*.

Es un erudito que huele á violeta... disipada.

He recibido el folleto que contiene los discursos leídos por Galdós y Menéndez y Pelayo en la Academia.

Galdós no ha querido meterse á sabio ínterin y ha preferido ser lo que siempre fué; observador reflexivo y escritor sincero. Menéndez y Pelayo da una prueba más de imparcialidad, tolerancia y gran capacidad crítica.

Para mí es motivo de orgullo ver que el juicio y gusto de Menéndez respecto de Galdós coinciden con mis juicios y mis gustos, según constan en libros.

De *Fortunata y Jacinta* dice Menéndez y Pelayo lo mismo que yo tengo escrito en un libro titulado *Mezclilla, crea*.

De la falta de *lirismo* de Galdós habla Menéndez, y de eso tengo yo hablado mucho. Y como sería absurdo suponer que Menéndez ha tenido tiempo de leerme á mí, resulta que coincidimos, que es lo que me halaga.

Un señor que tiene la audacia de firmar *Gil Blas de Santillana*, en *El Día* (quién lo había de decir), se da por aludido en un pelique mío del *Heroldo*. No había tal alusión, caballero.

Donde yo le puse á usted las peras ó cuarto fué en *La Sesta*. Allí le censuraba á usted... á carrajas, porque usted había tratado de mala manera á Galdós diciéndole que «tenía la obligación de escribir obras más perfectas».

Además, demostraba que es usted un crítico de taquilla.

Pero en el *Heroldo* no aludía al tal Santillana.

Pero ya que lo quiere se le *anunciará*, que buena falta le hace. Un anuncio de esos, aunque sea en caricatura, los da á la vida á estos del montón anónimo.

Clarín.

La buena planta.



A la puerta del cuartel
exclamaba ayer Gregorio:
«Aquí está Don Juan Tinorio
para quien quiera algo de él.»

CONSULTA INESPERADA

—¿El señor Pérez Zúñiga está en casa?
—Está en casa. Yo soy.
Pase usted á mi despacho y tome asiento.
— Muchas gracias, señor.
Yo soy el ama seca del vizconde
de Valdecaracol,
y me ha dicho el señor que usted podría
lograr mi salvación.
—¿Zapateta! ¿Y en qué puedo servirle?
—Á decirse lo voy,
á pesar de que hay cosas... que hablar de ellas
de una vergüenza atroz.
—(¡Qué me querrá decir esta señora!)
Háblame sin temor.
—Pues bien: no sé si usted tendrá noticia
de que hace un mes ó dos
empecé á padecer dolor de vientre
y á notar hinchazón.
—¿Es de veras? ¡Caramba! Pues le juro
que lo ignoraba yo.
—Padezco hidropesía. ¡Muchos litros
de agua hay en mi interior!
—¿Y aún se atreve á decir que es ama seca?
—¡No sé ni lo que soy!
Lo que quiero lograr es mi desagüe
y mi desecación.
—Pues aunque eso es del ramo de marina
y acá, para *inter nos*,
de afecciones acuáticas entiendo
lo que un guardacantón,
le aconsejo á usted lisa y llanamente
que se aguante por hoy
y espere á que el nivel del charco interno
adquiera elevación
y haya cría de peces en su fondo
y algas alrededor
y patos á merced del oleaje
y alguna embarcación,
y después... que le pinche á usted cualquiera,
bien con un asador
bien con un espadañ, para que salga
el agua á borbotón.
—¿Pero es que usted me está tomando el pelo?
¡Pues lo que es eso... nol
¡Si parece mentira, señor mío,
que sea usted doctor!
—¡Ya lo creo, señora, y tan mentira!
Como que no lo soy.
El médico es mi hermano, que aquí abajo
tiene su habitación.
—¿Luego, á más de sufrir la hidropesía
he sufrido un error?
Pues dispénsame usted, y hasta otro rato.
—Abur, y quiera Dios
que, aunque quede usted un poco pantanosa,
cesa la inundación
y vuelva usted á ser un ama seca,
en vez de un aguador.

Juan Pérez Zúñiga.

LOS CONSEJEROS DEL REY

En un Estado tan pobre
que estaba en muy pobre estado,
rehuían todos las cargas,
buscando en cambio los cargos.
El gobierno á troche y moche
daba honores y honorarios,
como pruebas indudables
de ser un gobierno honrado,
pues quien da honores á litros
los debe tener á céntaros;
pero, no teniendo empleos
para tantos empleados,
se encontraban sin destino
dos mil ex-subsecretarios,
cuatro mil ex-directores,
ocho mil ex-diputados
y más de cuarenta mil
x-jefes de varios ramos,

todos los cuales gemían
como viudos del erario,
pidiendo segundas nupcias
con las arcas del Estado.

Rebuscando alguna fórmula
para emplear funcionarios
tan conspicuos, el gobierno
determinó colocarlos
en un cuerpo consultivo
que al intento fué creado
para dar buenos consejos,
á falta de buenos cuartos.
Tuvo entonces el monarca,
para asesorar sus actos,
cincuenta mil consejeros
todos muy doctos y sabios;
pero aconteció el fenómeno

singular y extraordinario
de que con tantos consejos
andaba el fisco muy malo.
Viendo el rey que los consejos
ni eran puros ni eran sanos,
pagando en buena moneda
consejos averiados,
viendo que los consejeros
vivían con gran boato,
mientras que las arcas reales
suspiraban por dos cuartos,
convocó á los consejeros
y así les habló en palacio:
—Si me aconsejarais bien,
me hubierais aconsejado
suprimir tantos consejos
porque resultan muy caros;
y pues no me aconsejáis
lo que yo solo me basto
para aconsejarme, ahora
me aconsejo no pagaros,

y éste es el mejor consejo
de cuantos á mí han llegado,
pues un duro bueno vale
más que mil consejos malos.
¿Qué consejos son los vuestros
que á quien se dan hacen daño,
en tanto que quien los da
saca provecho de darlos?
¡Parece que os espulgáis
de consejos á mí cargo,
y que echáis sobre mi piel
el mal de que estáis plagados!
Guardaos vuestros consejos,
y puesto que cuestan tanto,
si no encontráis quien los compre,
en vuestro bien empleadlos.

Desde entonces el monarca
vivió desaconsejado,
y si cometía errores...
al menos eran... baratos.

Rafael Torroja.

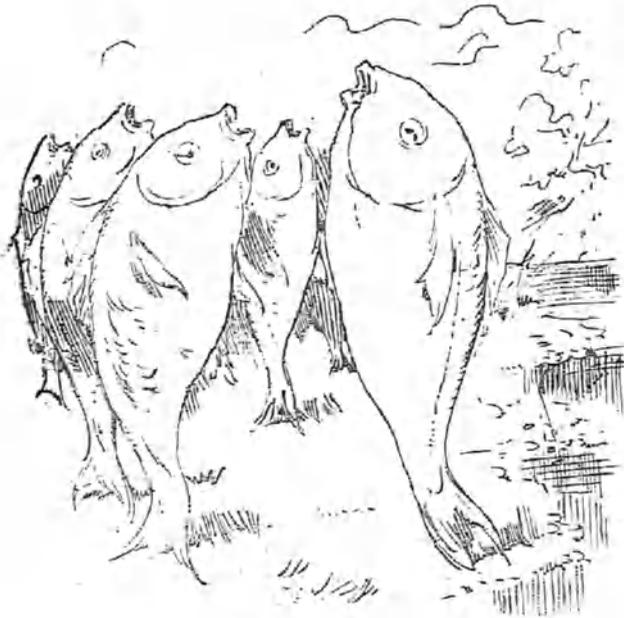
La acción diplomática.



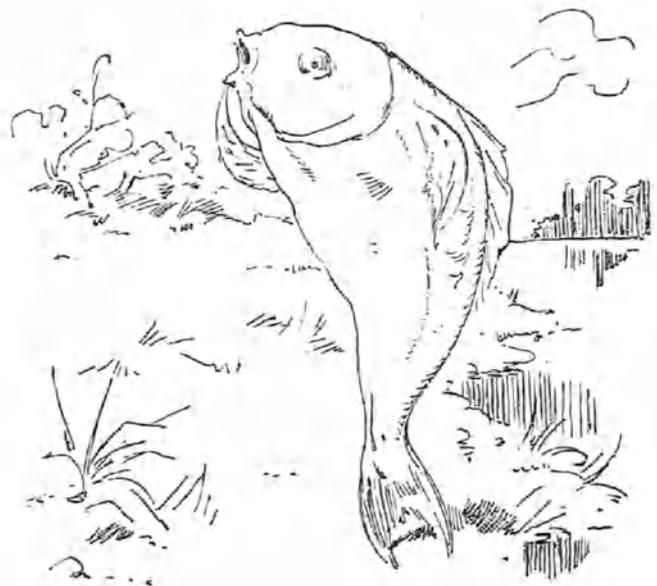
Subleváronse las ranas de un remanso pretendiendo echar de él á los peces, bajo pretexto de que las enturbiaban el agua.



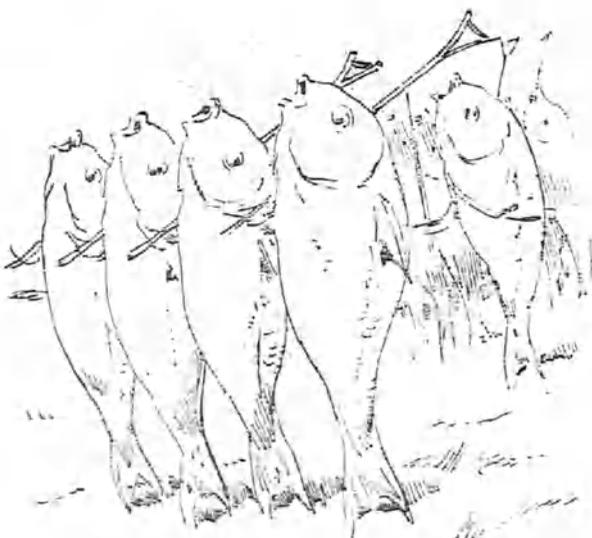
Y como á los peces no les pareciese bien la idea y considerasen caso de honor el asunto, empezó la guerra cruel y salvaje.



Pero en vista de que aquello no se acababa nunca, se elevó el caso de honor á consulta de un besugo gordo, sesudo y muy entendido en achaques de componendas satisfactorias.



El cual besugo, después de mucho cavilar, vino á caer en la cuenta de que el mejor medio de concluir la lucha era... conceder á las ranas lo que querían, dejándolas solitas en el remanso,



salvando, eso sí, la dignidad de los peces que habían combatido y declarando solemnemente que habían conseguido la victoria, y que lo de retirarse del campo era lógica consecuencia del triunfo.



mientras las ranas, viéndose derrotadas por la habilidad y la sabiduría del besugo del margen, se entregaron á la desesperación, con la pena inmensa que suele experimentar todo el que se sale con la suya.

Caminito del infierno.

I

Desconsolado el buen cura porque aumentaba en el pueblo la inmoralidad, de forma que era un escándalo aquello, tras muchas cavilaciones, y á fin de encontrar remedio para un mal que iba tomando caracteres epidémicos, subió al púlpito un domingo y, en justo furor ardiendo, dijo así á la multitud que llenaba el santo templo: «¿No calculáis, insensatos, adónde os lleva ese empeño bajo, de manchar el alma con carnales pensamientos? ¿No alcanza vuestra razón que esos inmundos anhelos en otra vida tendrán el castigo más tremendo? ¡Ay de vosotros si no tomáis camino más recto! ¡Ay del alma que no tenga la fortaleza del hierro, y se doble ante el pecado y se quiebre ante el deseo! ¡Sfil... ¡Tales faltas os llevan en línea recta al infierno!» Dijo algo más sobre el caso y todo del mismo género, y al ver que algunas mujeres lloraban con desconsuelo, y algunos mozos ponían muy melancólico gesto, pensando que era bastante, dió un corte al sermón severo

y bajó después del púlpito, un poco más satisfecho.

II

«¿Era preciso? pensaba más tarde, dando el paseo de costumbre. ¡Era preciso poner á sus ansias freno! Y aunque es empresa difícil, la victoria me prometo si Dios me ayuda. Y es claro, ¿cómo ha de dejar de hacerlo? Por de pronto, estoy seguro que hoy les causó gran efecto la amenaza, y á estas horas nadie piensa en trapicheos.»

III

«Pero ¿es posible? decía con severísimo acento, poco después, á una moza que le escuchaba en silencio con la cabecita baja y la mirada en el suelo. ¡Til añadía consternado, ¡Vaya, que no lo comprendo! ¿No eras la que más lloraba en la Iglesia hace un momento? ¿No eras la que con más fuerza se daba golpes de pecho? ¿Quieres decirme á qué santo hacías tales extremos? Vamos, habla.—Y, mire usted, le respondió ella con miedo, Después de oír el sermón no era el caso para menos. ¡Lloraba porque tenía que ir esta tarde al infierno!»

Luis de Ansorena.

*

Asunto de ópera.

Bien sea italiana, alemana fuerte ó franco-rusa. Sirve para todas las épocas y ha servido para la mayoría de las óperas conocidas.

Acto primero.—Decoración de selva virgen y salvaje: á derecha, en primer término, banco de piedra, en buen uso; al pie césped y algunas amapolas practicables: á izquierda, ramaje ex-tupido: al foro, más selva no tan virgen; en el centro del proscenio, concha con galápagos dentro; es decir, con apuntador competente ó con *spartito*.

La decoración puede ser también de sala pobre, pero honrada y con crédito mobiliario.

Ledia es una joven natural de «la Bretaña», hija de familia, por supuesto, como todas las hijas de aquella localidad, y aun las de otras varias comarcas.

Ledia es hermosísima como hija de familia y aun como huérfana de nacimiento.

Educada en libertad, ama los goces campestres y á los pastores, en general, y á los guerreros, generalmente, y á uno de éstos en particular.

Es la Edad Mediada.

No la da Ledia, que apenas ha cumplido los veintidós años y unos días.

Amá á un *guerrero* y sale al campo y se lo cuenta á las selvas y á los bosques, también éstos virginales, y á cuantos pájaros ve y á los arroyos y á la arriería que va por su camino.

«¡Amo á un guerrero!
¡Amo á un guerrero!»

Y así repite, hasta que termina el primer acto con la salida del *guerrero*.

—¡Ah! ¡io t'amo!—se gritan los dos, y tal vez les grita el público.

Y casen una en brazos de otro y viceversa.

Telón y los chicos se quedan en el campo raso.

Nota.—Si la decoración es de sala, bien sea decente ó bien sea pobre ó bien de la clase mediana, como pide la época, el *guerrero* entrará por una ventana, como entran ellos, los tenores, en escena, en otras obras igualmente morales y líricas.

Todo lo demás lo mismo que si fuera en la selva.

*

Acto segundo.—Ledia y el *guerrero*, pálidos, desencajados, se repiten primero *piano* e poi *crescendo* hasta poseere grito in celo:

—¡Io t'amo, io t'amo!

Sufren porque saben que el bárbaro tutor de Ledia quiere casarla con un duque extranjero, arreglado á la escena italiana.

Y parten los corazones los dos amantes abrazados mutuamente, y repitiendo, á grito pelón:

—¡Io t'amo! ¡io t'amo!

Y él se lleva la mano al pomo de la espada, y ella al corazón y demás.

El duque se presenta, y de buenas á primeras abraza cariñoso á la muchacha, delante del suegro civil y judicial, repitiendo:

—Io t'amo.

Ella canta para sí, y para fuera; vamos, para el público:

—¡Il m'ama!

El suegro criminal ó tutor canta lo mismo, con cierta extrañeza:

—¡Il m'ama!

El *guerrero* canta en el concertante, pero oculto entre unas muletas ó entre unas alfombras, según el decorado.

Telón rápido.

*

Acto tercero.—Sale cada personaje por su lado, y todos cantan lo mismo.

—¡Io l'amo!

—¡Io l'amo!

—¡Io l'amo!

Por fin se vienen á las manos el duque y el *guerrero*, y cuando ambos están para cantar la última *barcarola*, aparece el bajo, que es el alcalde y que ama á Ledia, y ruge:

—Aquí no l'ama nadie más que io.

Y se casan los que quedan vivos y acabó la ópera.

Es el asunto de todas las óperas, según un general muy conocido.

Eduardo de Palacio.

*

En el baile.



—Esto de que anjian para la entrada traje de buena sociedad me parió por el medio. Porque no sé dónde poner las manos.

En vela.

I

Un día de Carnaval
me escribió esta carta Rosa
(una muchacha preciosa
que era entonces mi ideal):

«Está mi amiga Tomasa
enferma de pulmonía
No vengas hoy, alma mía.
Paso la noche en su casa.»

Yo la quería bastante,
pero no lo suficiente
para dar por convicente
disculpa tan... alarmante;
y desconfiando de ella,
fui á su casa más que á paso.
Allí me enteró del caso
en seguida la doncella.

—La señorita se ha ido
al baile.

—Lo suponía.

¿Con quién?

—Pues... en compañía
de un joven bien parecido...

.....
¡Lo que yo en aquel instante
sufrí no es para contarlo!
Todo el que se haya encontrado
con un chasco semejante

no dejará de saber
que uno queda medio muerto
y que no sabe de cierto
qué barbaridad hacer.

Yo opté por quedarme allí
y esperar á que tornara,
sólo por ver con qué cara
se presentaba ante mí.

II

Guardé, pues, dentro del pecho
la rabia que me encendía
y, afectando sangre fría,
entré en la alcoba. En el lecho
dormía un niño inocente,
tan gracioso, tan bonito
que... me acerqué despacito
y le di un beso en la frente.

¡Así, á lo mejor, se calma
la tempestad más bravía,
y cualquiera niñería
sirve de bálsamo al alma!

Aquel niño era de Rosa.
¿Y de quién más? No se sabe.
¡Entre tal gente, lo grave
es la parte misteriosa!

Aquel día justamente
le había devuelto el ama,
y allí se estaba en la cama
durmiendo tranquilamente,
mientras Rosa había ido
á darme á mí aquel bromazo
desesperante, del brazo
del joven bien parecido.

.....
El caso es que la locura
de celos se me pasó
y que, al yo besarle, abrió
los ojos la criatura

y que él me miró asustado,
y que por quitarle el susto
vine á pasar, tan á gusto,
toda la noche á su lado.

III

Poco á poco empezó el niño,
según me perdía el miedo,
á contar quedo, muy quedo,
sus deseos de cariño,

las penas del abandono...
todo con su trapajosa
media lengua, tan graciosa
que, en fin, estaba muy mono.

Me relató, á su manera,
que mamá no le hizo caso,
se puso un traje de raso
y se fué... donde se fuera;
la impresión desconocida
que le había producido

mi beso, que había sido
el primero de su vida,
y su continuo tormento,
y sus ansias de un placer
como el que yo, sin querer,
le daba en aquel momento...

Total, y esto es lo importante,
con su charla encantadora,
cuando volvió la traidora,
ya estaba yo como un guante.

IV

Pero al ver que aparecía
tan insolente y tan... bella,
quise lanzarme hacia ella;
y cuando me disponía
á romper de un silletazo
las cadenas del cariño,
sentí la mano del niño
que me sujetaba el brazo;
y él me miraba ¡tan mono!

ANTONIA SEGURA



En la revista La ciudad del porvenir.

como diciendo: «¡Perdona,
que á mí también me abandona
y ya ves cómo perdonol»

.....
De esta manera el asunto
arregló aquel inocente.
Me atrajo á sí dulcemente,
y sin separar un punto
su mirada de la mía,
con indecible embeleso,
fué el chiquillo ¡y me dió un beso!

¡Qué beso, Virgen María!
Se me fueron los enojos
con el roce de sus labios,
y borrarón los agravios
las lágrimas de mis ojos.

Unas lágrimas fugaces...

Pero la madre, entretanto,
adiviné en aquel llanto
ocasión de hacer las paces,
y fué, fingiéndose loca,
de ternura y de placer,
¡nada menos que á poner
su boca junto á mi boca!

Pero yo, fuerte y curado
de aquel amor, de repente,
le dije groseramente,
rechazándola indignado:

—¡Ea! No me da la gana,
¿sabes? ¡No paso por eso!
¡Como me robes *su* beso,
te tiro por la ventana!

Sinesio Delgado.

*

Los tiosos.

Esos que se han tragado el asador y no pueden doblarse, ni reír á carcajadas, ni adoptar posturas cómodas, ni manifestar entusiasmo por nada ni por nadie.

Hay muchísimos éste por numismático, aquella por hermosa, una por ministra, otro por sargento primero, son innumerables las criaturas que se privan de vivir, y se dedican á representar el papel de persona superior.

Desde ese momento, se acabaron para ellas las expansiones, los amigos, el amor, el andar de prisa, el hablar mucho, todas esas cosas que nos agradan tanto, precisamente porque nos gustan y nos revientan; todo aquello, en fin, que diferencia al hombre de la estatua.

Hay tiosos que, en efecto, sueñan con la idea de que la calle de la Sartén se llamará con el tiempo calle de Facundo Pinillas y que la estatua de Facundo será colocada en un extremo de dicha calle, con el brazo derecho extendido en ademán que parecerá decir á los transeantes: —Pasen ustedes por la calle de la Sartén.

Estos llevan siempre levita cerrada y un rollo de papeles en la mano izquierda.

Otros son más modestos. Fueron á retratarse por cuenta de un zapatero que hacía ese obsequio á los compradores de zapatos de charol, y ¡qué casualidad! se gastaron extraordinariamente en aquel retrato. Jamás se les había ocurrido la idea de retratarse con la boca entreabierta, y había que ver el encanto que esto daba á la fisonomía.

Nada, que, desde entonces, las muscas tienen un asilo.

Como quiera que sea, los tiosos están siempre sobre el pedestal, reflejando en sus semblantes, la más ridícula gravedad, si son hombres; el más profundo hastío, si son mujeres.

Pero nada tan fácil como descomponer esas estatuas.

Me acuerdo de un jefe de administración civil que frecuentaba no hace mucho tiempo una oficina, donde el excelentísimo señor había sido escribiente.

¡Qué gravedad la suya! Sus ademanes y sus palabras eran de hombre importante; su actitud, la de cualquier estatua de infantería.

Pues bien, cuando más estirado estaba, y más rígido y más inmovible, sustitui su sombrero con el mío, y me apoyé con fingido abandono sobre la mesa en que él había dejado su flamante tapadera.

La estatua se descompuso.

Sus ojos empezaron á bailar, yendo y viniendo desde el sitio donde él había dejado el sombrero á la cara del empleado que en aquel momento hablaba con el angustiado personaje.

Su actitud ya no era estatuaría: la mano que antes se apoyaba en el pecho, bajaba y subía en ademán nervioso; la cabeza ya no estaba erguida y se balanceaba, y sus ojos me miraban torvamente, mientras que el empleado marchaba en sus explicaciones, y el personaje contestaba á todo: «Sí, sí, como quien está impaciente y no se entera de nada.

Me inclinó algo y se oyó cruzar el casco.

El prohombre no pudo más, y se dirigió á mí, exclamando:

—Dispense usted: va usted á chafar mi sombrero.

—¿Su sombrero de usted?... No, es el mío.

Y le mostré el suyo, que había colocado algo más lejos.

La ira de aquel hombre, al darse cuenta de la plancha y de que había perdido la seriedad y compostura de su majestuoso continente, no se ha aplacado todavía y tengo en él mi mayor enemigo.

Es tan segura el procedimiento, que hay quien lo usa para ganarse la vida: Saltamontes.

¡Justo! Saltamontes quería resante con demasiada frecuencia.

Pero no se apure.

Se fija en un ministro cualquiera, pide para él una carta de recomendación y solicita una audiencia para entregar la carta.

El ministro le recibe espantadísimo, frío y más tieso que un palo.

Saltamontes entrega la carta y, en lo mejor de la lectura, echa una exclamación, echa mano al cuello de su excelencia, finge llevarse algo entre los dedos y que lo tira y lo pisotea en un rincón.

Después vuelve junto al ministro, murmurando:

—No, no... Habré visto mal... Quizás fuera otra cosa...

El ministro se pone más colorado que una carota y hace esfuerzos por sobreponerse. En tono menos olímpico pregunta:

—¿Qué era? ¿Un... bicho?

—Sí, señor—contesta Saltamontes,—y no es extraño: ¡entra aquí tanta gente!

Ya está protegiendo al ministro: se han trocado los papeles.

—Sí—dice el excelentísimo, visiblemente turbado,—todo el día...

—Sobre todo—añade Saltamontes maliciosamente—si vuecencia ha tenido que recibir mujeres...

El ministro sonríe y contesta con la misma malicia:

—¡Psch! ¡No hay más remedio!

Ya está roto el hielo y humanizado el tieso. De diez veces, en nueve le han preguntado á Saltamontes, después de esto:

—Bueno; usted cuánto puede tener?

—Duce, señor ministro.

F. Carrasco de la Pedraza.

*

LIBROS

Viente y cerbero, interesante y curioso foliote de Julio Lermina. Versión castellana. Precio: 50 céntimos.

Marroddín primero. Así titula el notable escritor D. José M. Martheu su última novela de costumbres políticas, continuación de la titulada *El santo patrono*, que tan gran éxito obtuvo. Revela en ella el autor sus especialísimas dotes de observador y de estilista, y su gracejo singular para satirizar las costumbres, y no vacilamos en recomendar el libro á nuestros lectores. Precio: 3 pesetas.

El Katipunani ó el filibusterismo en Filipinas, por D. José M. del Castillo y Jiménez. Contiene esta obra multitud de datos, documentos y observaciones de inagotable interés en las circunstancias actuales. Cuesta 5 pesetas.

Ágata, novela de D. Alfonso Pérez Nieva. Forma el tercer tomo de la *Colección Elzevir Ilustrada*, y es, como los anteriores, modelo de buen gusto tipográfico. Respecto á la novela, recomendada queda con decir el nombre del autor, cuya firma es conocida y respetada por cuantos siguen el movimiento literario. Precio: 2 pesetas.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPANÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

1.º RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

Precios de suscripción.

MADRID.—Trimestre: 2,50 pesetas; semestre: 4,50; año: 8.

PROVINCIAS.—Semestre: 4,50 pesetas, año: 8.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Año: 15 pesetas.

En Provincias no se admiten por menos de seis meses y en el Extranjero y Ultramar por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificando en este último caso la carta.

Precios de venta.

Un ejemplar, con el suplemento correspondiente, 15 céntimos.

Los corresponsales y vendedores, 10 céntimos cada ejemplar.

Un suplemento, 10 céntimos.

Los corresponsales, 6 céntimos.

Los ejemplares de números atrasados se servirán sin aumento alguno de precio.

Á los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el envío del paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 3 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

Redacción y Administración: Peninsular, 4, primera derecha.

Teléfono núm. 2.160.

Despacho: Todos los días de 10 á 2 y de 4 á 6.

Representante exclusivo en la República Argentina: D. Luis Cambay, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID.—Imprenta de la Esfera de M. G. Hernández, Libertad, 15 sup.º